

nes procedentes de obras de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX. Hay cinco láminas reproducidas de ediciones príncipe, dos de manuscritos autógrafos, una de una publicación periódica, otra de una edición facsimilar y tres de ediciones raras. Con una excepción, todas las ilustraciones provienen de joyas editoriales de la Hispanic Society of America en Nueva York. Entre sus apéndices, el volumen incluye una Cronología, la Lista de ilustraciones y el Índice onomástico. Con tres columnas: 1) Mundo exterior, historia y cultura; 2) Las raíces indígenas; la época virreinal; y 3) El saber nativo; la lírica. La Cronología consigna en una docena de páginas información puntual y breve sobre estas categorías desde el año 900 a. C. hasta 1902.

Esta empresa de Raquel Chang-Rodríguez posee la amplitud y la profundidad ganadas por la pasión y la erudición. Representa un esfuerzo renovado de su labor continua a favor del conocimiento de la lírica virreinal, empeño manifiesto desde 1985 cuando publicó con Antonio de la Campa su primera antología de poesía colonial. Ediciones posteriores del mismo tema como la de Horacio Jorge Becco (1990) y la más reciente de Mercedes Serna (2004), ceñida sólo a los siglos XVI y XVII, coinciden con el primero y también con este nuevo trabajo de Chang-Rodríguez en la selección de muchos de los autores más significativos y, a veces, en algunos de sus textos, pero el de Chang-Rodríguez es un libro de gran alcance.

Además de su valor auténtico para el público en general y los es-

pecialistas, "*Aquí, ninfas del sur, venid ligeras*". *Voces poéticas virreinales* constituye un excelente recurso didáctico para cursos universitarios de pre y postgrado. La antología permite realizar un estudio cabal de la poesía más destacada producida en los centros letrados de Hispanoamérica desde antes de la llegada de los europeos hasta mediados del siglo XIX. Los textos, la introducción general y la dedicada a cada escritor brindan un fundamento sólido a quienes, luego de considerar en su conjunto la creación poética colonial, pretendan con visión amplia e instruida centrar su atención en un periodo o en un poeta en particular.

Beatriz Carolina Peña
Queens College, CUNY

Fernando Degiovanni. *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2007. 384 pp.

En *Los textos de la patria*, Fernando Degiovanni traza la genealogía de dos colecciones publicadas entre 1915 y 1928 –la Biblioteca Argentina y La Cultura Argentina, editadas por Ricardo Rojas (1882-1957) y José Ingenieros (1877-1925), respectivamente– con el propósito de consignar la historia de los procesos de invención de las tradiciones literarias nacionalistas y las distintas maneras en que éstas repercuten en la constitución de un canon. Asimismo, al incidir en un aspecto puntual de las políticas culturales en la Argentina de inicios del XX, el autor observa las múltiples tensio-

nes implicadas en la articulación del campo cultural, para el cual fueron decisivos dos hechos relevantes del proceso de modernización del país: la inmigración europea (que problematizó la idea de ciudadanía y nación) y la ley del voto universal (que generó una ampliación considerable del electorado).

Determinados por sus propias particularidades, cada proyecto editorial proponía una política cultural específica desde una perspectiva nacional. En razón de ello la organización del corpus textual obedeció a una franca competencia por la autoridad cultural con el fin de instaurar un orden discursivo, así como a la pretensión de establecer un determinado capital cultural para la comunidad de lectores a la cual apuntaba. Es decir, tanto para Rojas como para Ingenieros la “argentinidad” literaria que apuntalaban los autores seleccionados —disparos entre uno y otro— revelaba las disputas ideológicas sobre el lugar de la lectura en la conformación de la ciudadanía y los sujetos nacionales. De este modo, cada serie emerge de la amplia problemática vinculada a las reflexiones sobre la nación, la gobernabilidad, la tradición literaria y, desde luego, el poder.

Degiovanni señala en su primer capítulo que aun cuando estaban alineadas con la tradición de antologías poéticas del siglo XIX, las colecciones de Rojas e Ingenieros marcaron un punto de inflexión fundacional en la medida en que incluyeron al género narrativo dentro del canon, recuperando así una serie de escritores decisivos para la conformación de una tradición argentina en el ámbito de las letras.

Asimismo, configuraron nuevas modalidades de consumo cultural al proponer nuevos formatos y tirajes más amplios, con lo cual también contribuyeron a crear nuevas formas de transmisión histórica del canon. Con todo, las series se mostraban contradictorias en la selección que cada editor proponía para pensar la “argentinidad”, lo cual se explica en función de las divergencias en cuanto a “posiciones ideológicas, prácticas disciplinarias y bases sociales” (14).

De acuerdo con lo referido, el segundo capítulo analiza la posición de Ricardo Rojas con respecto a la lectura de los escritores portadores de la “tradición nacional” y al lugar central que ocupaba tal lectura en la “tarea civilizadora” de la educación. Para conseguirlo, su proyecto editorial se insertó en el marco institucional educativo del Estado de manera que los futuros ciudadanos fueran instruidos según los valores de la democracia y el sentido de comunidad necesarios para la nación. En este aspecto, es necesario traer a consideración tres puntos para precisar mejor la naturaleza de su proyecto de lectura y de la política que está detrás.

En primer lugar, Degiovanni explica que para Rojas la cuestión inmigratoria planteaba un desafío en la construcción de la unidad nacional debido a la amplia heterogeneidad de los contingentes de inmigrantes, particularmente italianos, que provocaba el temor de una nueva expansión europea hacia América Latina. En ese sentido, las escuelas extranjeras instaladas en el territorio argentino representaban una seria amenaza, pues ejercían

una acción cultural contraria a los intereses nacionales. En segundo lugar, la firme oposición hacia la ley del voto secreto, universal y obligatorio promulgada en 1912, que ponía en riesgo la democracia a partir de las posibles reconfiguraciones del escenario electoral favorables a la oposición. Junto con éste, el tercer punto nos remite a la aparición en la arena política de las acciones del Partido Socialista en materia política y cultural. Sobre lo último, Rojas se oponía a las acciones culturales socialistas, entre las cuales figuraba un proyecto editorial de alcance popular para llevar al público lector un conjunto de obras relevantes con las que comulgaban ideológicamente (Zola, Balzac, Ibsen, Proudhon, Engels, Marx, Gorky, etc.), y que para el letrado constituían no sólo “un innoble veneno, profusamente difundido en los libros baratos por ávidos editores [que] ha contaminado a las turbas ignoras y a la adolescencia impresionable”, sino además “una de las aberraciones democráticas de nuestro tiempo y de nuestro país” (220). Sin duda, esta intersección entre política y cultura será uno de los signos más relevantes en la pugna por los “textos de la patria”.

Rojas se afirmaba, así, como un conservador en términos políticos y culturales. Su proyecto editorial se proponía como un dispositivo educativo que afianzaba el consenso desde el acto de lectura. De ahí los autores elegidos y la comunidad de lectores a los que se dirigía la colección: los jóvenes estudiantes de instrucción secundaria, quienes se convertirían en los “directores de conciencia” de la democracia ar-

gentina “por su conocimiento de la tradición textual legítima en que ella se inscribía, y del marco discursivo a través del cual debía ser interpretada” (196).

En el tercer capítulo Degiovanni se ocupa de la serie de José Ingenieros, la cual constituía una opción disidente por el discurso socialista que lo sustentaba y por la manera en que concibió la circulación de los textos. A diferencia de aquél, la intervención del proyecto cultural de Ingenieros se situaba fuera del marco institucional del Estado, pues consideraba que las “iniciativas culturales oficiales resultaban ineficaces para la formación de los grupos destinados a predecir y dinamizar la evolución de la nación” (218), privilegiando así al mercado como espacio de lucha. En ese sentido, su cuestionamiento de la oficialidad cultural era más que evidente, tal como se observa en una carta de 1913 escrita desde París que registra la particular mirada sobre la problemática relación entre cultura, política y nación: “¿Crees, por ventura, que los descendientes de los hispano-indígenas tendrán el monopolio del patriotismo? ¿Encuentras menos argentinos a los descendientes de la segunda colonización [periodo de inmigración masiva]? No me parece. Los de la primera conciben el ‘nacionalismo’ como una conservación de sus monopolios de casta contra los de la segunda: defienden sus privilegios feudales, en el funcionarismo político y administrativo [...] Tú, poeta y pensador, no puedes confundir a las cohortes de funcionarios con la clase culta” (217).

Esta significativa cita propone múltiples entradas para pensar los matices de las luchas por el poder simbólico en la construcción del discurso cultural de la nación. Al denunciar los “monopolios de casta”, Ingenieros deja bastante claro que su política de la cultura es también una crítica política que re- piensa la nación desde una nueva narrativa que, a diferencia de lo que ocurre con Rojas, reconfigura el mapa de la ciudadanía a partir de la inclusión de los inmigrantes europeos. Así, el éxito de su empresa canonizadora se explica en función de la modernidad de la narrativa nacional con que se inscribía en el escenario social. Una narrativa que cuestionaba abiertamente el “feudalismo” de la clase política tradicional —los oligarcas que además monopolizaban la autoridad letrada— y promovía un discurso meritocrático. Con todo, tras su muerte en 1925 el proyecto perdió fuerza y los textos de la serie *La Cultura Argentina* dejaron de circular.

Tal como se desprende de este libro, ambos letrados concibieron sus proyectos como dispositivos para la educación cívica y, por ende, la construcción de sujetos de ciudadanía. Es decir, estaban enmarcadas en una idea de gobernabilidad política que superaba los límites, por lo demás difusos, del discurso cultural. En un momento clave de la historia argentina, debido al contexto de celebración del Centenario, la batalla entre Rojas e Ingenieros por los “textos de la patria” abre un espacio de reflexión sobre la cuestión nacional y sus falacias de la igualdad, pues ocurre que el carácter triunfalista de las

ceremonias oficiales maquilla las fisuras y contradicciones inherentes a las pugnas y negociaciones frente al poder. Lo que viene después —otros proyectos, políticas de la cultura y series— refleja las vicisitudes de la idea de una textualidad nacional que se articula coherentemente con la constitución del campo cultural, con las formas de gobernabilidad y con los dispositivos de construcción de sujetos. Este libro ayuda a aclarar las tramas de esa maquinaria nacionalista.

José Cornelio
Georgetown University

Ileana Rodríguez. *Liberalism at its Limits. Crime and Terror in the Latin American Cultural Text*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2009. 236 pp.

El más reciente libro de Ileana Rodríguez se presenta ante todo como un texto necesario. En una coyuntura histórica en la cual la reflexión académica se orienta con frecuencia a buscar opciones de reivindicación social en el seno de la democracia liberal, Rodríguez interroga la solidez de las bases mismas en que se erige dicha búsqueda, proponiendo una mirada crítica sobre las formas que adopta el liberalismo en las sociedades latinoamericanas. Sustentándose en una impresionante revisión de la teoría pertinente, la autora plantea que el liberalismo es una filosofía marcada por su origen en la Europa de la expansión colonialista, que al ser adoptada en aquello que denomina sociedades *créole* se convierte en una ideología de élites, usada